

DECLARACIONES DE MIGUEL ANGEL ESCOTET, SECRETARIO GENERAL DE LA OEI A «NOTICIERO DE LAS AMERICAS»

«El hombre no ha sido reconocido como el primer eje del desarrollo»

En el mes de septiembre se celebró en la capital peruana el V Congreso Iberoamericano de Educación en el cual, como ya hemos anunciado en anteriores ediciones, la Asamblea de Ministros de Educación de los países iberoamericanos eligió por unanimidad a Miguel Angel Escotet como nuevo secretario general de la Oficina de Educación Iberoamericana, Organismo de Estados Iberoamericanos para la Educación, cuya sede central está localizada en Madrid, dentro de los predios de la Ciudad Universitaria. Miguel Angel Escotet tiene apenas un mes de haber tomado posesión de su cargo, lo cual no es óbice para que ya esté al tanto de la situación que vive el organismo en estos

momentos, que precisamente no es holgada, en cuanto a recursos que le permitan desarrollar adecuadamente sus funciones y llevar a cabo sus proyectos. Pero este hombre curtido en el tejemaneje de la educación, con una vasta experiencia en el campo de la docencia ha aceptado el reto de las dificultades y respira ese optimismo que es característico de las personas con imaginación que saben asumir la responsabilidad con tesón apasionado, que pone de manifiesto en esta entrevista en la cual declara, además, que un organismo como la OEI, con objetivos tan trascendentales para la comunidad iberoamericana «bien merece todo nuestro apoyo y la inversión de nuestras energías».



P.—¿Qué le motivó para aceptar la candidatura a secretario general de la OEI?

R.—Mis 21 años de profundo tránsito por América Latina, especialmente Venezuela y Colombia, representan una huella en mi corta, pero intensa, experiencia, hasta el punto que para mí España comienza en Tierra de Fuego y América termina en los Pirineos. La posibilidad de combinar la acción concernida entre España y los países iberoamericanos en un sector como es la educación pública a la que he dedicado toda mi vida, es motivo suficiente para ilusionarse con un organismo como la OEI, que integra esos elementos: la América hispana, la España americana y el instrumento esencial en el cambio social, la educación.

P.—Sin embargo, la OEI no tiene un pasado estrictamente satisfactorio y es suficientemente conocida su dificultad financiera y programática. ¿No cree usted que la empresa es muy difícil y el riesgo que asume muy grande?

R.—En primer término, yo soy un hombre de pensamiento futuro. Los fantasmas del pasado no me preocupan. Acepto las responsabilidades, cuando éstas conllevan un servicio genuino a la sociedad. Ciertamente, la OEI no es una empresa fácil, máxime cuando uno hereda casi 100 millones de deudas; pero los retos son sólo de los hombres y mujeres y el riesgo está presente en toda actividad de transformación y creación. Además, un organismo como la OEI, con objetivos tan trascendentales para la comunidad iberoamericana, merece todo nuestro apoyo y energías. Le diría más, en el plano intelectual. Los hombres no sólo deben caracterizarse por conocer el desarrollo del pensamiento, sino especialmente por correr con el riesgo de pensar.

P.—Ciertamente, su capacidad de ilusión es grande, pero el hecho real de contar con un financiamiento precario inhibe las realizaciones concretas...

R.—Ojo. Esto es lo mismo que el cuento de qué es primero, si el huevo o la gallina. La OEI debe demostrar que es un organismo eficaz, capaz de atender las necesidades de los Estados miembros. Si logra rebasar las intenciones y despliega toda su capacidad de acción, estoy seguro de que va a tener el respaldo financiero necesario. Por otra parte, los organismos internacionales deben acostumbrarse a administrar la escasez o la abundancia con criterio de escasez. Debe invertir todos sus recursos en programas y no en el mantenimiento de una burocracia para su sobrevivencia. Debe buscar fórmulas de financiamiento externo que regulen la vida de sus programas y no contentarse sólo con el aporte regular y obligatorio de los Estados. Si bien el inicio de actividades ha sido difícil para esta Secretaría, estoy plenamente convencido de que nos remontaremos a una etapa en donde la OEI va a ser escuchada con dignidad.

P.—Dr. Escotet, América latina se

acercará al año 2000 con un gran déficit educativo. A pesar de los esfuerzos realizados en educación, ¿se podrá derrotar al subdesarrollo o seguiremos en el furgón de cola?

R.—Todo va a depender de las estrategias de desarrollo que pongamos en ejecución. Lo más lamentable es que en estos últimos veinticinco años hemos copiado casi al pie de la letra los esquemas de desarrollo de los países industrializados, especialmente de los Estados Unidos, y cada día nos alejamos más de ellos. Mientras los países industrializados crecen a nivel geométrico, nosotros lo hacemos a nivel aritmético. Nuestros recursos naturales son explotados para umensar la brecha del desarrollo y los principales beneficiarios de dicha explotación son los grandes potencias.

P.—Sí, ¿pero qué se puede hacer para llegar al nuevo orden de justicia internacional...?

R.—Es que la justicia internacional se deriva en un mundo de ovejas y lobos, en mantenerse oveja, pero sin dejarse comer por el lobo. La paz no se logra haciendo la guerra. Los países débiles deben negociar con la fuerza de la razón, pero como un todo integrado. Sin embargo, ese todo integrado ha sido muy difícil, porque precisamente las políticas de desarrollo impuestas han introducido en nuestros esquemas el veneno de la incompetencia a cualquier costo, actitud de competencia que nos aleja de la cooperación genuina.

P.—¿Quiere decir esto, que los esquemas de desarrollo en vez de aumentar nuestra capacidad autónoma, la disminuyen?

R.—Exactamente. Los esquemas denominados «desarrollistas» no reconocen al hombre como primer eje del desarrollo, sino que lo han cambiado por una de las creaciones de ese hombre: los objetos de consumo. Nos cambian videocassettes por alimentos y a un trueque indigno. Casi se podría decir que la capitalización de los países industrializados se basa en la descapitalización en el hombre de los demás países.

P.—¿Puede la educación en nuestros países cambiar esa relación del desarrollo?

R.—Estoy plenamente convencido. Pero entiendo la educación, no sólo como el proceso formal del sistema educativo, sino en términos de conciencia de la sociedad y en agente efectivo de transformación de la misma. Ello equivale, en términos económicos, a garantizar una verdadera «capitalización del hombre» y recíprocamente, «una humanización de la sociedad» en un sentido pleno y total. En este orden de ideas, toda promesa que pueda esperarse de la educación, vista en dimensión prospectiva, sólo podrá hacerse realidad a través de una cabal «revolución educativa» que a su vez constituya el ingrediente esencial para hacer efectivo un ideario de justicia, convivencia y respeto por la dignidad de la persona. Inicio en el terreno político como en el

«La OEI no es una empresa fácil, máxime cuando uno hereda casi cien millones de deudas»

«El organismo debe invertir todos sus recursos en programas y no en el mantenimiento de una burocracia inoperante»

«Los países industrializados crecen a nivel geométrico, nosotros lo hacemos a nivel aritmético»

«Los hombres no sólo deben caracterizarse por conocer el desarrollo del pensamiento, sino especialmente por correr con el riesgo de pensar»

«La Oficina de Educación Iberoamericana debe demostrar que es un organismo eficaz, capaz de atender las necesidades de los Estados miembros»

dominio económico-social. Se trata en definitiva de llevar a la realidad concreta una transformación total del sistema educativo que posibilite un viraje de una educación de élites hacia una educación de masas, al propio tiempo que se asegura tanto la eficacia social del producto como la eficacia o calidad de la oferta.

P.—Esta «revolución educativa» que usted denomina, no está precisamente obstaculizada por las mismas estructuras sociales...

R.—Es por ello que hablo de «revolución» en el sentido de cambio profundo. Generalmente acabamos a las personas el tener resistencia a los cambios o innovaciones. Yo diría más bien, que no existe tal resistencia en los hombres, sino que no sabemos llevar a cabo cambios que no engendren crisis. Hacemos un mal los programas de cambio o los explicamos con tanta deficiencia que los mismos conllevan la resistencia. Este proceso dialéctico es parte esencial de una

modificación de actitudes hacia el cambio. Por ejemplo, en educación cuando se establece una revalorización social del proceso educativo, éste debe estar estrechamente unido a una correlativa socialización del trabajo y de las profesiones, pero que acabe con el mito del «título profesional» que bien puede considerarse hoy día como la reedición anacrónica del antiguo «título de nobleza del medievo». Es decir, se necesita modificar la estructura de acreditación de la sociedad que cambie la búsqueda de títulos por la búsqueda del conocimiento...

P.—Pero hoy día, lo esencial es un puesto de trabajo...

R.—¿Y quién ha dicho que el título garantiza el conocimiento para un puesto de trabajo? Precisamente los modelos desarrollistas han enfatizado la formación de recursos humanos para satisfacer la economía y nunca existió mayor número de profesionales sin empleo en la sociedad actual, esto sin contar los profesionales que ejercen trabajos para los cuales no fueron entrenados. El gran problema ha sido que la planificación desarrollista es eminentemente «elíptica»: mira a las necesidades presentes y excesivamente sectoriales. Pero si entendemos que la formación de un nuevo profesional desde que entra al sistema puede llevarnos como mínimo seis años, deberíamos planificar en función de necesidades futuras con la plasticidad y flexibilidad necesarias para crear un profesional capaz de adaptarse al cambio geométrico del sistema productivo de ciencia, tecnología y servicios.

P.—La falta de infraestructura en nuestros países iberoamericanos, ¿no pondrían en peligro una planificación de este tipo?

R.—Precisamente, como indicaba anteriormente, nuestro esquema de desarrollo tiene que ser multiplicador para reducir la brecha. Tenemos que imaginar procesos que rompan los esquemas tradicionales. Inventar e innovar haciendo. Comparando los errores para aprender de ellos. Esto sólo puede lograrse si ponemos a un lado las diferencias insignificantes y buscamos un desiño común respetando nuestras características culturales, como símbolo de variedad y de capacidad creativa. Por eso creo que la OEI puede ser el instrumento, aún cuando participe modestamente, para lograr aunar nuestra potencialidad de comunidad y lograr dirigirse hacia esa utopía educativa que la resumiría en tres dimensiones: Educación para la democracia, Educación para la innovación y Educación para el desarrollo autónomo iberoamericano. Una educación centrada en el hombre y en su capacidad de realización en paz y en libertad.

Podríamos haber continuado, pues Miguel Angel Escotet, habla con verdadero apasionamiento del que cree plenamente en lo que dice. No en vano ha sido y es un estudioso permanente que comparte las tareas administrativas con las de creación. Prueba de ello están sus numerosas trabajos de investigación y sus 16 libros publicados en los que destacan, «El Mundo de la Percepción», «Diseño Multivariado de Psicología y Educación», «Educación y Realidad Socioeconómica», «Influencia de la Cultura en el Comportamiento», «Teoría y Praxis de la Universidad a Distancia». Esta muestra de su creación intelectual ha estado compartida con la acción: Coordinador académico y vice-rector académico de las Universidades de Oriente y Nacional Abierta de Venezuela, director del Proyecto Multinacional de Costos de la Educación, subsecretario y director general de Planificación y Presupuesto del Ministerio de Educación de Venezuela y ahora flamante secretario general de la Oficina de Educación Iberoamericana. Quizá pueda lograr lo que se propone: la realidad y esperanza de la educación iberoamericana es su pasión.